

fin hacer caso se llegó el Domingo siguiente à comulgar; pero en vez de la dulzura que antes sentía, sintió ya una amargura grandísima. Conoció la causa, lloróla; y en verdad que aunque la enmendó, no le volvió el Señor à comunicar mas aquella dulzura, dexandole ese perpétuo lustre de su humanidad. Despreciemos ahora por ligeras pasiones, que de tanto bien nos privan.

Por último: la tercera causa, que no dexa lograr con excesos el fruto de las Comuniones, dice no menos elevado espíritu que el de Santa Theresa de Jesus (*Camin. de Perf. c. 14.*) es, porque despues de haver recibido un Huesped tan magnífico, un Rey tan Soberano, un Dios tan liberal dentro de nuestro pecho, en la ocasion de sus favores, en el punto mismo de lograr sus beneficios, lo dexamos solo, sin detenernos en su compañía un quarto de hora siquiera à darle las gracias, y à lograr sus nuevos favores. Divertimos al punto nuestros pensamientos, nos volvemos à las conversaciones, y quizá no pocos como Judas, levantandose con el bocado en la boca, vuelven las espaldas à Dios. Este es el tiempo de negociar con su Magestad todos los bienes, decia Santa Theresa; esta es la ocasion tan preciosa, que no haviamos de perder en ella ni un atomo mientras el Señor, hablando al alma mas intimamente que nunca, con una de sus palabras puede entonces salvarle: *Cum mansuetudine suscipite instum verbum quod potest salvare animas vestras. (Jac. 1. v. 21.)* Esta es la partecita de el dia, en que puede estar nuestro dia eterno, aquel rato inmediato à la Comunión: *Particula boni diei non te pretereat. (Ecol. 7. 14.)* Qué bendiciones, qué felicidades no llenaron la casa de Obededon, porque se detuvo en ella por tres meses el Arca del Testamento? Qué salud, y qué vida no se le siguió à la casa de Zaqueo, por un rato que tubo al Señor à su mesa? Qué no logró de dichas la Samaritana, por una breve conversacion solo à solas con este amabilísimo Peregrino? Pues qué bienes no recibirá el alma, si sabe lograr la presencia de este Divino Huesped? Si pusieran en tus manos la llave de todo un tesoro, dandote un quarto de hora para sacar quanto quisieras, qué priesa te darias à sacar mas, y mas? Pues darte Christo su mismo Cuerpo, qué otra cosa es, sino darte las llaves de sus tesoros? Aviva entonces la Fé, excita la Esperanza, enciende la Caridad; y dandole gracias, pidele favores, representale todas tus necesidades de alma, y de cuerpo; dile con humildad, besandole sus pies: No te dexaré, Señor, ir de mi casa, sin que me echés tu bendicion. Ofrecele entonces corregir aquel defecto, en que sueles caer, reprimir aquella pasioncilla, que te suelo predominar; proponle ya moderar las palabras, desde aquella à la siguiente Comunión; y à mortificar los afectos, y à vencer éste, ò aquel apetito; regalate un rato siquiera con lo que es el regalo de los Angeles. Y siendo así, yo aseguro, que llenando cada Comunión el alma de muchos bie-

nes, destierren las Comuniones del alma todos los males, y cesé la admiracion, ò la queja de que tan poco aprovechan las Comuniones.

La B. Maria de Victoria, Fundadora de las Monjas Celestinas, tubo esta especial devocion despues de comulgar, (*Haut. num. 633.*) que siempre en accion de gracias, despues de pedirle al Señor sus beneficios, le proponia con veras de enmendar algun especial defecto, ò imperfeccion de su vida. Con este cuidado, empeñado tambien el Señor en darle sus auxilios, fue subiendo de grado en grado de perfeccion, de modo, que algunos años antes de su muerte, buscando que proponer, y à no hallaba qué; y deseosa de ofrecer à su Magestad algun acto muy heroyco, no sabía qual, quando oyó que le dixo dentro de su alma el Señor: *Ama me sicut te amavi.* Ofrece el amarme como yo te amé; cómo puede ser, si el tuyo para mí fue un amor de un Dios, fue un amor infinito, y el mio es un amor apocado, un amor de un corazoncillo de carne? Ese, le dió el Señor à entender, será como el mio, si nada, nada le quedáre de amor de la tierra, si todo, todo lo pusieras en mí. Con esto quedó llena de regocijo, y prosiguió cumpliendo su promesa. Y yá, si la falta de consideracion, si el descuido de arrancar del Alma los afechillos torcidos, si la ingratitude en reconocer siquiera por un breve rato este beneficio, son las causas que nos impiden lograr colmados sus provechos; aliento, almas, à tan faciles diligencias, y con ellas crezcan los frutos, suban las virtudes, aumentense los meritos, que yá desde esta vida adelanten la Gloria.



PLATICA IX.

DE LA DISPOSICION NECESARIA para recibir dignamente la Santísima Comunión.

A 4. de Junio de 1694.

Entre la muerte, y la vida média nuestra voluntad. Quién creyera, que de tales extremos, teniendo tan en su mano la vida, coja uno por sus manos la muerte? Así sucede; y si parece al entendimiento imposible por la razon, lo vemos en la voluntad muy facil por su ceguedad, cuya disposicion es la que de la misma fuente de la vida hace no pocas veces funesto origen de la muerte. La rosa, apacible hermosura de los prados, le ministra à la abeja para su panal dulzuras, y esa misma al escarabajo le sirve de mortal veneno. El balfamo, preservativo siempre de corrupcion, si halla el cadaver yá empujado à podrir, es el que lo acaba mas apriesa de

cor-

corromper. El Sol que derrite la cera, ese mismo endurece al barro. El pan, sustento de los hombres, es tóxico que mata à losalcones. En un convite, en fin, donde se sirven unos mismos manjares, siendo de regalo, y provecho à los unos, al otro por su indisposicion le dá principio de la enfermedad, con que muere: *Nil prodest, quod non ledere possit idem* dixo bien el Profano. ¿Qué mucho, pues, que aquel Manjar Divino, en que un Dios vivo nos previene, y nos dá la vida, ese mismo sea tambien para muchos la mas terrible muerte? que la misma vida de un Dios sea la muerte tambien de tinieblas eternas! *Mors est malis, vita bonis. Vide paris sumptionis quam sit dispar exitus.* ¡Oh, horror el mas estupendo que puede concebir el entendimiento! Que de dos hombres, que à un mismo tiempo, que en un instante mismo puesto en aquella rexilla reciben aquel Santísimo Sacramento, el uno quedo desde alli con el juicio hecho, con la sentencia dada de su eterna condenacion! el otro con la corona puesta, con la diadema aparejada de su eterna gloria! el uno oliendo à muerto para eterna muerte: *Aliis quidem odor mortis in mortem;* el otro con las fragancias de un Paraíso, para un vivir perdurable: *Aliis autem odor vite in vitam.* (*Paul. 2. ad Cor. 1. v. 16.*) ¿Qué es esto? Un mismo manjar efectos tan contrarios? Qué ha de ser, que un mismo fuego hace de la paja cenizas, y al otro le levanta los quilates; que un mismo vino al fano le fortalece las fuerzas, al calenturiento le consume los espíritus, y que la disposicion en fin es la que distingue tan prodigiosamente de este Divino Pan los efectos, que nuestra voluntad es la que hace que la misma vida nos sirva de la mas lastimosa muerte.

Yá, pues, si tan en nuestro querer están, ò todos los tesoros de Dios, ò del Infierno, todos los tormentos, ò toda la bienaventuranza, ò la eterna condenacion, ò la vida en fin que no se acaba; ò la muerte que nunca se termina; ¿qué disposicion será de nuestra parte la que nos haga tan dichosos? Qué preparacion la que abriendo las puertas del alma la dé à gozar con una vida Divina todas las delicias de un Dios? Ese es el punto que se nos sigue de doctrina, y el punto de que pende de dicha, ò de desdicha toda una eternidad en el logro feliz, ò el malogro de la Santísima Comunión: hablo con distincion, porque lo pide tan grave materia. Una es, pues, la disposicion que sería conveniente, otra la disposicion, que es del todo necesaria. Y si de la conveniente huviera de decir lo que debo, solo pudiera, prestandome sus lenguas los Serafines, para darla à entender como ellos se la explicaron à la Beata Angela de Fulgino, à la Beata Margarita de Cortona, y à otras almas, que sobre purísimas, aun tuvieron para este Sacramento que adelantar aseo, que pulir delicadezas, y que relevar perfecciones. Solo pudiera expresar qual preparacion convenia, si me prestára sus labios el mismo Salvador del mundo, con que se la enseñó à una Santa Cathalina de Sena, à una Santa Matildis,

Gertrudis, y otras, que quando mas abrasadas en ardor de caridad, aun tuvieron todavia que adelantar para hacerse dignas. Solo pudiera dar à entender, ¿qué pureza sería conveniente preparacion, si el mismo Eterno Padre me prestára aquella voz, con que enseñó à prepararse à una Santa Magdalena de Pazzis, toda viviendo en la carne como puro espíritu, toda en la tierra, habitadora yá de la Gloria.

Opus grande est, (me dá yá aquí sus palabras David) *opus grande est, neque enim homine preparatur habitatio, sed Deo.* Todo atónito à preparar en su idea aquel gran Templo, no cabiendole en el entendimiento la grandeza, la perfeccion, los adornos que eran convenientes, prorumpia: Obra grande, empresa imponderable, porque no es casa la que dispongo para algun Príncipe, ò Rey de la tierra; es Palacio para que habite Dios, obra grande. Y si para esto fueron las riquezas, la magnificencia, el oro, la plata, los adornos mas bellos de la idea, los primores mas subidos del arte en aquel Templo, que solo dedicado à Dios, en él se havia de colocar el Arca; para un Templo vivo, en que con Real Presencia ha de entrar el mismo Dios, ¿qué preparacion será conveniente? Pasma al considerarlo. ¿Qué no echó Dios de resto de pureza, de abismos de gracias en MARIA? ¡Oh, Dios inmenso! ¿quién bastará à decirlo! ¿Y todo para qué? Para qué hizo Dios estos gastos tan infinitos? Para qué emponió toda su Divinidad en estos adornos tan inmensos? Para qué? Solo para prevenir à MARIA, para prepararla, para hacerla digna de recibir en sus Entrañas al Hijo de Dios. Así lo reconoce, y así lo confiesa la Iglesia: *Omnipotens sempiterna Deus, qui gloriosa Virginis Matris MARIE corpus, & animam, ut dignum Filii tui habitaculum effici mereretur, Spiritu Sancto cooperante preparasti.* Solo para recibir à Dios tanta pureza en MARIA, tanta perfeccion, tanta gracia?

¿Cuál, pues, convendría que fuese para recibir este mismo Dios nuestra pureza? Ojalá, exclamaba aquí el espiritualísimo V. Padre Juan Eusebio Nieremberg, (*l. 3. c. 11.*) ojalá, y antes de recibir este Sacramento, precediera el Purgatorio que no dexára en el alma, ni la mas leve sombra, ni la mas ligera culpa! Y donde aquel deseaba, y bien, el Purgatorio, ¿qué sería bien que hiciera nuestro cuidado? Que como un Beato Luis Gonzaga, los tres dias enteros desde el Jueves gastára solo en prevenirse para recibir este Señor el Domingo, y que los tres dias siguientes los gastára solo en darle gracias. Que como una Margarita de Ungría, (*Hist. S. Dom. 1. p. 1. 3. c. 2.*) ayunando las visperas à pan, y agua, pasáse la noche entera en oracion, y el dia luego en mudo silencio; que para este Sacramento nos previnieramos tan solícitos como para la muerte, que cada Comunión la miráramos como la última, desde donde nos haviamos de pre-

sen-

fentar al punto en el Tribunal de Dios à darle cuenta. Como se prevenia el V. Gregorio Lopez, (Pal. *Comun. n. 17.*) que preguntando una vez, si fuera Sacerdote, qué hiciera? Respondió: hiciera lo que ahora. Replicandole: ¿y para celebrar, cómo se preparara? Respondió: como ahora me preparo; y prosiguió, diciendo: si estuviese yo cierto, que de aquí à pocas horas havia de morir, no haria mas de lo que hago, porque yo estoy dando actualmente à Dios todo lo que tengo, y no puedo darle mas, si él por su misericordia no me lo dá. ¡Oh, almas puras, ò almas dichosas! Cómo admitiria en su corazon culpas veniales voluntarias, afectillos torcidos, que todos impiden tanto à la pureza? Esa, pues, sería la conveniente preparacion en lo que nuestras fuerzas alcanzan, un total despego de la tierra, sin que ni el mas leve afecto, no digo venial culpa, mancháse al alma; un ardor abraçado de caridad, un ardiente deseo, como el que padecia hasta quedar desmayada Santa Cathalina de Genova; un cuidado siempre atónito, una diligencia siempre solícita, con la que traía un San Francisco de Borja.

¿Pero quién podrá con tanto? me dicen yá desmayados los pusilánimes: ¿quién puede llegar à toda esa pureza? Sin la gracia, nadie; con la gracia, todos; que no eran de otra carne que la nuestra los que nombramos. Mas todavía atended, dice discreto San Agustín, (*ep. 118. c. 3.*) que Zaquéo, aunque pecador, pero arrepentido, recibió confiado, y gozoso al Señor en su casa, y logró la salud. El Centurion encogido, y temeroso, dixo, que no era digno de recibirlo, y siendo contrarias las voces, fueron unos mismos los afectos: *Non litigaverunt inter se Zachaeus, & Centurio, cum aliter gaudens suscepit, & aliter dixit: Domine non sum dignus.* Suplirá, pues, el pecador toda esta disposicion de virtudes, toda esta preparacion de pureza, cómo? Con un acto solo, y ese muy facil. ¿Y cuál es? Un acto de verdadera humildad, un conocimiento verdadero de su indignidad; *Non sum dignus.* Con las dos palabritas breves de San Pedro: *Tu mihi?* Tú, y à mí? Tú, Santidad infinita, Pureza suma, Bondad inmensa; à mí, que tan vil he sido, que tan ingrato, que tan desconocido, que tan lleno de imperfecciones, y culpas, que tan vacio de meritos? *Tu mihi?* Con qué preparacion te puedo yo recibir? le decia una vez Santa Gertrudis; y respondióla el Señor: No quiero mas de tí, sino que del todo vacia vengas à recibirme, que todo lo haré yo luego: *Hinc intellexit quod evacuatio illa sit humilitas, qua se reputaret nihil habere de meritis.* Entendió ella, que aquel quererla el Señor vacia, era quererla del todo humilde, conociendose sin ningun merito para recibir à su Dios. Esta es, pues, pecadores, una preparacion muy facil, conocer nuestras culpas, y por ellas nuestra indignidad: *Domine non sum dignus.*

Esa es, pues, la preparacion conveniente, la que fuera razon que siempre procuráramos. Mas

no digo por eso que si falta tanta pureza, que si no hay tan acendrada prevencion, sea sacrilegio, ni culpa mortal recibir aquel Santísimo Sacramento; no digo, que si no hay en el alma tanta perfeccion, que por eso dexará de recibir en este Sacramento la gracia. ¿Cuál es, pues, la preparacion del todo necesaria? En breve: La reverencia, la Fé, y la limpieza de la conciencia. La reverencia, no solo en el alma, sino en el cuerpo, estando desde la media noche en total ayuno natural, antes de recibir el Santísimo Sacramento, sin probar, ni una miaja de pan, ni una gota de agua, ni otra comida, ni bebida alguna. La decencia luego, la limpieza en el rostro, y en el vestido. Limpieza, y decencia dixe, no profanidad, no desnudeces, no vanidades; que pechos desnudos para venir à comulgar, lo condenan de pecado mortal graves Theólogos; (Joan. Sanc. *Selec. disp. 11. num. 22.*) y San Carlos Borromeo mandó fantamente en su Arzobispado, que à tales escotadas no se les diese la Comunión. Con una soga à la garganta iba la Beata Margarita de Cortona, quando mereció que el Señor la llamáse hija, y con este nombre solo la dexáse por todo el dia absorta, y anegada entre dulzuras. (Boland. *in Vit.*) San Jonás Monge, vestido siempre de un áspero saco, para ir à comulgar se ponía una tunica decente, y luego se la quitaba, y le duró limpia ochenta y cinco años.

Siguese luego la Fé: Que se avive esta llama, que se encienda esta luz à no alumbrar hácia lo terreno, sino hácia Dios solo. Es este Sacramento Mysterio de Fé: *Mysterium Fidei*, y así ha de ser la Fé la que lo haga entrar en provecho. Por eso en la primitiva Iglesia, refiere San Ambrosio, proponía el Sacerdote al que comulgaba, diciendo: *Corpus Christi*, este es el Cuerpo de Christo. Y él confesando la Fé de este Mysterio respondía: *Amen.* Por eso en la antigua España, à disposicion del tercero Concilio Toledano, los que comulgaban, decían primero en alta, y clara voz el Credo. Si la Fé se avivára, oh, cuáles fueran de este Sacramento los provechos? El cristal graduado, que opuesto al Sol prende fuego, y levanta llama; ese mismo, opuesto contra el Sol delante de una vela encendida, la apaga: *Caelesti lumine vincor.* Con aquel Cristal Divino, pues, apaguefe la luz à lo terreno, enciendase la luz à lo Celestial. Mas no basta sola la Fé, define el Santo Concilio de Trento: (*sess. 13. c. 7.*) *Probet autem se ipsum homo, nos fulmina el trueno del Apostol, (1. Cor. 11.) Et sic de pane illo edat, & de calice bibat.* Pruebase la conciencia; ¿y cómo? Examinando con gran cuidado, con gran diligencia, que nos vá la vida, si hay en el alma algun pecado mortal; y haviendolo, por mas que le parezca que está contrita, debe confesar antes, si no es solo en necesidad tan grave, y tan urgente, que le es forzoso el comulgar, y no tiene Confesor. Y si es el mismo Juez que nos ha de juzgar en su tremendo Tribunal, el que entra à mirar lo mas escondido

do de nuestro corazon; ¿qué hay que buscar solapas la pasion, qué hay que fingir pretextos el amor proprio? *Probet autem se ipsum homo.* Si se esconde en el corazon, ò el odio solapado, ò el afecto torpe escondido, ò el amor à la hacienda agena que se retiene; ¡oh, Dios, qué de Comuniones temo que sean sacrilegios! Que en vez de entrar en el alma la vida, comen la condenacion: *Judicium sibi manducat, & bibit.* Comer, y en el bocado mismo la sentencia, y la muerte? Gotvino, Príncipe Inglés, havia ocultamente quitado la vida à un harmano del Rey Eduardo; no se probó el delito, pero en el Rey duraba la sospecha. Hizo un convite, y llamó à Gotvino, y entre los manjares declaró el Rey el sentimiento: Yo sospecho, le dixo, que vos fuisteis quien mató à mi hermano. El entonces, haciendo ademanes de estrañeza: yo? dixo, y entre otras ponderaciones, concluyó: este bocado de pan me quite la vida si tal debo. Así fue, porque al llegar à la garganta se detuvo de modo, que ahogado, cayó al punto muerto. (*Hist. Ang.*) Debe un pecador la vida del Hijo de Dios por sus culpas; y si en este convite que le hace, aún se conserva en el corazon su traycion escondida, en aquel Pan Divino tragá la muerte. ¿Qué he de decir de espantosos castigos, de horribles escarmientos, que desde Judas, primer comulgador indigno, hasta nuestros tiempos han venido llenando las Historias para terror de los sacrilegos, que en pecado mortal se atreven à cometer mayor culpa que Herodes, dice San Agustín; mas horrenda que Judas, dice San Chrysostomo; mas terrible que la que cometieron los Judíos crucificando à nuestro Redentor, dicen los Santos Padres; y por todo San Pablo: *Reus erit corpus, & sanguinis Domini.* El que así en pecado comulga, es reo del Cuerpo, y de la Sangre del Señor. Y qué quiere decir, que es reo del Cuerpo, y Sangre del Señor? *Ac si Christum occiderit, punietur,* explica la Glosa, que será castigado, como si por sus manos huviera quitado la vida, huviera derramado la Sangre el mismo Hijo de Dios. Pero tarde llevo à ponderar lo horrendo, lo espantoso, lo terrible de este sacrilegio. Si hay Fé, sobra toda ponderacion, y baste este escarmiento. (*Joan. Brom. num. 35.*)

Dos criados de cierto Caballero traían de ordinario enemistad entre sí; y haviendolos el amo reconciliado diversas veces, volvió à crecer mas, y mas la enemistad, y à interposicion del amo, el uno de ellos fingió reconciliarse con el otro; pero dexandose escondido fu encono para lograrlo en teniendo ocasion, llegó en esto la Semana Santa, y con ella la Comunión; y sin hacer caso, ni confesarfe de esta culpa, llegó à comulgar; pero luego, remordiendole la conciencia, determinó confesarfe el dia siguiente, y con la dilacion, fuefele minorando el escrúpulo, y se fue dilatando la confesion de un dia en otro. Llegabase yá el dia de la Ascension del Señor, y una mañana, entrando en el jardin de su casa, le salió

al encuentro un negro horrible, y feo, obligólo à que luchára con él, y apretandolo entre sus brazos, despues de estrujarle el cuerpo, lo arrojó en el fuelo, y puesto sobre él le dió tantas coces, que lo molió todo, y dexandolo tan espantoso, y abominable como el mismo demonio, con quien havia luchado, le dixo: Esto tienes porque comulgaste mal el dia de Pasqua. Desaparecióse, y él, arrastrando, y como pudo, fue saliendo hasta la sala, donde viendole el amo, fantiguandose al punto, y volviendo el rostro, le dixo: Malaventurado, de dónde vienes, que estás mas feo que un demonio, y no parece fino que sales ahora del Infierno? No salgo, dixo él, fino que voy allá. Contóle lo sucedido, y acabandolo de decir, cayó muerto. Bien merece estar à los pies del demonio, pisado como vil esclavo, el que en aquel Sacramento malogra por su culpa el ser hijo de Dios. Y si esta dicha la tenemos en nuestra mano con los auxilios de Dios, que no nos faltan, quién habrá, que por su querer escoja el mas terrible Infierno, pudiendo conseguir con excessos tan ventajosos la mas sublime Gloria?

PLATICA X.

DE LA OBLIGACION QUE TIENEN los Christianos à recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristia.

A 11. de Julio de 1694.

Antiguos sabios creyeron, que no podía haver amistad mas segura, union mas firme, que la que entre sí traváran la liberalidad, y la pobreza, la abundancia, y la necesidad, estendiendo la una la mano, y abriendo la otra el seno: aquella, teniendo en que lograr generosa sus beneficios, y ésta, retornando su socorro en agradecimientos. Así pintaban una reciproca junta, una indisoluble union: en que no faltando nunca por la parte de lo liberal, quién creyera jamás, que pudiera quedar por la parte del menesteroso? Entre quien dá, y quien recibe, que por quien recibe falte, quien se lo persuadiria? Solo con Dios vemos cumplido, lo que de Dios abaxo se nos hace tan repugnante. Dios, abundancia infinita, liberalidad inmensa, que no desea otra cosa sino dá; y el hombre, todo necesidad, todo porbeza, y que con todo eso, con todas sus fuerzas repugna el recibir! ¿Qué genio será este de la protervia? Necesitar de todo, y solo porque Dios liberal lo oferte, negarse à recibirlo? ¡Cosa admirable! Intimale su Magestad à Adán, que si come de la fruta, sentirá en ella al punto la muerte: *In quocumque die comederis morte morieris.* (Genes. 2.) ¿Y qué hace? Que al instante la apetece, la come, y muere. Ofrece por el contrario, y asegura